

Francisco Villaespesa, en el primer centenario de su nacimiento

POSIBLES CAUSAS DE UN INJUSTO OLVIDO

ANGEL GONZALEZ

LOS centenarios, esa especie de recordatorio funeral a largo plazo, misa de cabo de siglo que los eruditos y críticos literarios ofician para alivio de fieles inconsolables o como último aviso para letrados extraviados, pueden tener efectos muy diversos: certificar, incluso con carácter retroactivo, el hecho definitivo de una muerte; proclamar el raro (y a veces efímero) milagro de la inmortalidad; rescatar del oscuro panteón de hombres (en su día) ilustres algunos despojos todavía útiles para recomponer el trazado confuso de la Historia, para explicar el tránsito del tiempo —en algún punto de su devenir, al menos— desde el pasado hasta el presente.

Para nada de eso, ni para lo bueno ni para lo malo, ha servido la fecha solemne en el caso del poeta Francisco Villaespesa (Almería, 1877; Madrid, 1936). "Algún día hablaremos de él", prometió —o advirtió— oportunamente Antonio Machado por boca de Juan de Mairena. Pero, a pesar de que desde entonces han transcurrido más de cuarenta años, el día de hablar de Francisco Villaespesa no ha visto aún la luz, ni siquiera ahora, con la ayuda del habitualmente eficaz fórceps del aniversario. Si prescindimos de los homenajes celebrados en Almería, nadie en España, ni los más viejos del lugar —y eso que el lugar está lleno de viejos— parece recordar la existencia de la que fue una de las figuras más influyentes y admiradas en el panorama lírico español de principios de siglo. Lo que podría deducirse de lo sucedido —de lo no sucedido, mejor— en este casi finalizado año de 1977, en el que se cumple el primer centenario de su nacimiento, es que Francisco Villaespesa es el poeta que nunca existió.

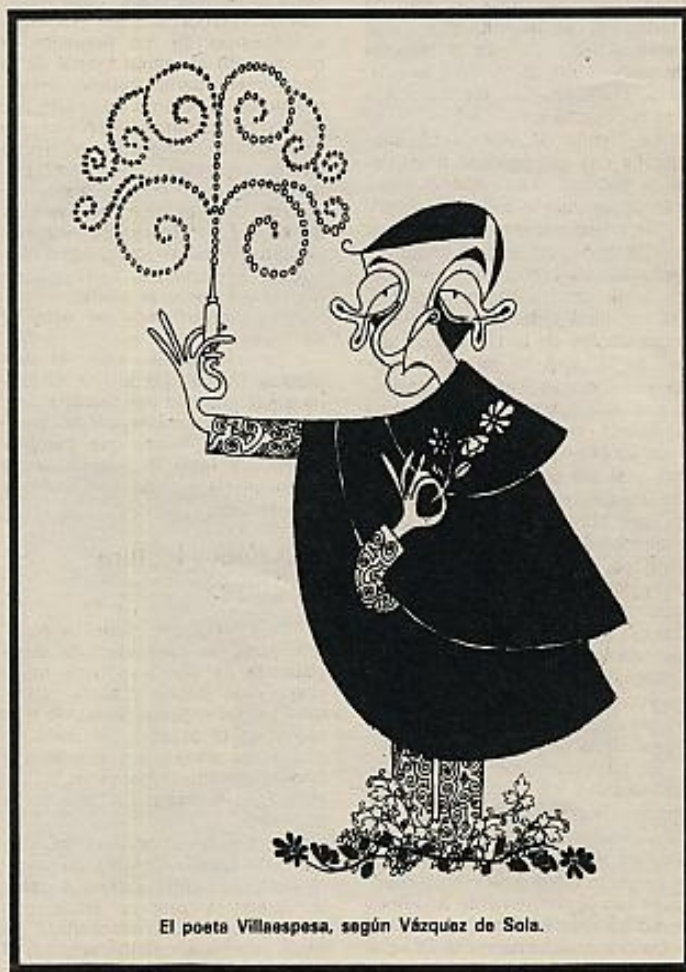
Y, sin embargo, Francisco Villaespesa existió. Quiero dejar aquí constancia de su existencia e interrogarme por las razones de su olvido, a la vez que reconozco que él es uno de los muertos notables que más tiempo ha permanecido muerto. Porque Villaespesa estaba ya muerto —literalmente hablando— en los últimos años de su vida cuando, enfermo y pobre, regresó a su país tras una dilatada y clamorosa estancia en Iberoamérica

Entonces, en 1931, muchas cosas habían cambiado en España desde que él la había abandonado en 1921. Entre otras de mayor cuantía, los gustos literarios. Los movimientos de vanguardia habían asestado un golpe mortal a la estética modernista, estética que los poetas del 27 dejaron definitivamente arrinconada. Los libros y las obras teatrales de Villaespesa, que llegaron a ser un espléndido negocio pagadero en pesos y bolívares, dejaron de ser rentables. En el mundo de la poesía viva, su nombre ya no significaba nada. Sólo en los medios oficiales fue recordado con respeto, de la manera más conveniente para el poeta en desgracia: el Gobierno de la recién inaugurada República, visto que "don Francisco Villaespesa, autor de un gran número de obras con las que ha enriquecido el tesoro de la poesía castellana, se encuentra enfermo y sin medios económicos para su subsistencia y la de los suyos", le concede por Orden ministerial una pensión vitalicia de ocho mil pesetas anuales. El hombre podía seguir viviendo; el poeta estaba ya muerto.

Uno se pregunta con asombro cómo ha sido posible que una existencia tan colmada de luz y de éxito, tan entusiastamente premiada por el aplauso de sus contemporáneos, se haya hundido tan rápidamente en la sombra, la indiferencia y el olvido. Una conducta equivocada, la persecución de éxitos inmediatos y pecuniariamente remuneradores, el abandono a las tentaciones —que siempre le acosaron con fuerza para él irresistible— de la facilidad y la trivialidad, las concesiones al gusto —al mal gusto— multitudinario y a una moda que muy pronto iba a estar claramente *demodée*, han sido, en general, algunas de las explicaciones que han servido para justificar el eclipse del "fenómeno Villaespesa". Pero esas explicaciones son, en mi opinión, insuficientes. Al menos no tienen en cuenta que Villaespesa, en su día, no obtuvo una adhesión únicamente cuantitativa, sino también cualitativa. Porque frente al poeta acogido en América con salvas de artillería y bandas de música, recibido por diplomáticos, generales y Jefes de Estado, condecorado y de-

clarado huésped de honor casi en cada país que visitaba, abrumado de laurel y envuelto en "escándalos de gloria"; frente al "vate" incondicionalmente admirado por el gran público hispano —"municipal y espeso", según la frase de uno de sus más ilustres halagadores— proclive entonces más que nunca a esa poesía hueca y resonante que Unamuno calificó de "tamborilesca", está también el Villaespesa que mereció las críticas más elogiosas de los mayores poetas de su tiempo. No olvidemos las encendidas palabras de admiración que le dedicó Rubén Darío. No olvidemos lo que Juan Ramón Jiménez dijo —para su desgracia, por escrito— de uno de sus libros más populares, *La copa del Rey de Thule*: "Poesía suprema... Libro que tendrá, con la vaguedad del sueño, la eternidad de los días...". No olvidemos que, para Manuel Machado, es Villaes-

pesa, junto con Darío y Jiménez, uno de los poetas que contribuye decisivamente a la reactivación de la poesía lírica española. No olvidemos que, entre las cinco dedicatorias que pueden leerse en la primera edición de *Soledades*, una de ellas corresponde a Villaespesa. Y aunque Juan Ramón Jiménez matizó y rectificó la inicial admiración por su colega y amigo de juventud hasta cancelarla en gran parte, queda en pie el juicio final de Juan de Mairena, quien, todavía en 1936, afirmaba sin ambigüedades que Francisco Villaespesa era "un verdadero poeta". Por desgracia, Mairena no encontró —o no tuvo tiempo para hablar, como había prometido, de ese poeta al que nunca dejó de reconocer. Pero sus palabras bien pudieron haber servido, al menos, para estimular la curiosidad de alguno de los vigilantes y ordenadores —oficiales u oficiosos— de nuestra cultura, e impulsarles a buscar en la gran algarabía que fueron la vida y la obra de Villaespesa lo que en ellas puede rescatarse. No ha sido así, y eso hemos salido perdiendo todos. Pues el conjunto de su obra lírica, tan perjudicada por la grafomanía y la tendencia a la desmesura de su autor, admite una selección que, hecha con rigor y buen gusto, demostraría cumplidamente que Villaes-



El poeta Villaespesa, según Vázquez de Sola.



Villasespa, con el doctor César Juarros, a la salida del palacio de Oriente, después de una visita a Alcalá Zamora (febrero de 1932).

pesa es, como Mairena advierte, un "verdadero poeta". El mejor homenaje que se podría haber rendido a su memoria en este año de 1977 hubiese sido la publicación de tal antología. Nunca será, sin embargo, tarde si la antología es buena, aunque no coincida con la hora en punto del centenario.

Pero volvamos a las causas del olvido en que la obra de Villasespa está sumida. Si Villasespa ha sido y es un gran olvidado, no es sólo por la facilidad, la trivialidad o el mal gusto que pueden advertirse abundantemente en la lectura de sus obras completas. La calidad de un poeta no se mide por sus errores, sino por sus aciertos, que no son desdeñables en el autor de *Tristitia rerum*. Las citadas cualidades negativas se acusan también con generosidad en los quince primeros libros de Juan Ramón Jiménez, y ello no ha impedido que la crítica situase a su autor en el alto lugar que se merece. El olvido de Francisco Villasespa se debe, en mi opinión, a que él es uno de los pocos poetas españoles que puede ser calificado, sin parcialidades ni falsificaciones, de **íntegramente** modernista. Y esta afirmación requiere algunas puntualizaciones.

Ante todo, hay que recordar lo que fue el modernismo en América y en España. En América, el modernismo es el movimiento que, tras la independencia política, marca la descolonización de las literaturas nacionales de los países de habla española. Desde Martí o Jullán del

Casal hasta tal vez Gabriela Mistral, pasando por poetas tan diferentes entre sí como Lugones, Neruo, Darío o Herrera y Reissig, todo en la poesía de América es modernismo: una tendencia renovadora a la par que liberadora y autoafirmativa. España, como todas las metrópolis de todos los imperios, acabó siendo ganada en uno de los momentos más acusados de su larga decadencia por una forma más vital de arte, incubada y creada en los territorios que habían integrado su dominio colonial. El país que había sido, con mejor o peor fortuna, el centro impulsor —o paralizador— de la vida americana, se convirtió de pronto —líricamente, al menos— en la periferia. No es de extrañar que ante una penetración cultural de semejantes características, algunos de los críticos más tradicionalistas, como Unamuno —y otros que no lo eran tanto, como Clarín—, reaccionaran frente a la irrupción del modernismo como si de una nueva invasión de los bárbaros se tratase. En cualquier caso, pese a los recelos y a las incomprensiones, el modernismo se impuso entre nosotros de manera contundente, en primer lugar por su propio poder de fascinación, y en segundo plano porque reforzaba, como señaló Salinas, un amplio afán renovador que la generación del 98, en sus comienzos, trataría de encauzar en otras direcciones, a la vez que confirmaba ciertos balbucesos líricos coincidentes que Cernuda advierte —y en mi opinión desmesura— en poetas

como Manuel Reina, Ricardo Gil y Salvador Rueda. Es importante también no perder de vista el hecho de que el modernismo que tardíamente penetra y triunfa en España es un modernismo limitado y peculiar: es el modernismo que viene de la mano del gran Rubén Darío, cuando éste se instala en nuestro país en 1898. Se trata de un modernismo de estirpe parnasiana, que sin duda dinamiza y renueva la poesía lírica española de aquel tiempo, pero que, a diferencia de lo que ocurría en América, no puede explicarla toda. He dicho que el modernismo llega a España tardíamente, y debo añadir que su triunfo fue rotundo, pero efímero. Duró tan poco, que su vigencia no pudo cubrir el mínimo período que los poetas requieren para alcanzar la madurez. En consecuencia, yo encuentro en España muchos excelentes poemas modernistas, pero ningún gran poeta modernista —con la sola excepción tal vez de Villasespa, que acaso acabe siéndolo algún día, visto en una perspectiva más distante, y esto puede llegar a ser así porque, como todo lector de Machado sabe, el pasado es materia moldeable, algo que se define desde el mudable presente.

Cuando afirmo que en España no hubo ningún gran poeta modernista, quiero decir que no hubo entre nosotros ningún gran poeta **íntegramente** modernista. No pudo haberlo. La reacción en contra de ese movimiento que representaron las tendencias vanguardistas —ul-

traismo, creacionismo—, heredada por los poetas del 27, hizo que, al menos durante algunos años decisivos, "modernismo" y "mala poesía" llegaran a ser expresiones sinónimas. Juan Ramón Jiménez lo comprende así en el momento justo. Según Cernuda, el ultraismo sirvió para indicar a Juan Ramón que el modernismo y otras exquisiteces de fin de siglo habían terminado. Por curiosa y significativa coincidencia, el año en que Rubén Darío muere —1916—, publica Jiménez su libro *Estío*, que representa su primer intento de rectificar toda la poesía modernista que había escrito hasta aquella fecha. Juan Ramón Jiménez no sólo abandona —oportunamente y en el último momento— la ya maltrecha nave modernista, sino que, "arrepentido tardío", reniega en cierto modo de sus libros anteriores al denominarlos "borradores silvestres".

Por su parte, Antonio Machado se había salido ya antes de la órbita modernista por la tangente de una estética próxima al realismo. Huellas modernistas pueden detectarse en todos los libros de Machado, especialmente en *Soledades*, *Galerías* y *otros poemas*; pero incluso en esa parte de su obra el modernismo está fuertemente contrapesado, casi desdibujado en el conjunto por una actitud que yo calificaría de romántico-simbolista, que hace difícil, si no imposible, la tajante inclusión de ese libro dentro del marco del modernismo español. En cualquier caso, en sus libros posteriores, a pesar de la permanencia episódica de aislados rasgos modernistas, Machado se convierte claramente en otra cosa. En consecuencia, se puede afirmar que hay un Machado modernista, pero no que Machado sea un poeta modernista; porque ese "Machado modernista" es sólo una parte del poeta más grande y total.

En cuanto a Miguel de Unamuno, el tercer gran poeta de principios de siglo, a mí me parece muy claro que no fue nunca un poeta modernista, sino más bien lo contrario: un apasionado militante del antimodernismo.

Quedan otros nombres que habrá que tener en cuenta: Valle-Inclán y Manuel Machado, por ejemplo. A pesar de su innegable vinculación con el modernismo, ambos rebasan los presupuestos estéticos de ese movimiento: Valle, utilizando e invirtiendo el sentido de los mismos impulsos modernistas —la exagerada selección previa de rasgos del mundo real, la deformación de ese mundo— para crear un estilo propio e innovador: el esperpento, y Manuel Machado, deri-



Aventuras y cuentos

Alianza Editorial

Rudyard Kipling

El libro de las tierras vírgenes, 1 y 2

150 ptas. Vol.

Jules Verne

La vuelta al mundo en ochenta días

200 ptas.

Viaje al centro de la Tierra

200 ptas.

Los quinientos millones de la Begun

150 ptas.

Jacob y Wilhelm Grimm

Cuentos

200 ptas.

Lewis Carroll

Alicia en el País de las Maravillas

150 ptas.

Carlo Collodi

Las aventuras de Pinocho

150 ptas.

Hans Christian Andersen

La sombra y otros cuentos

150 ptas.

Antoine de Saint-Exupéry

El Principito

100 ptas.

El libro de bolsillo

FRANCISCO VILLAESPESA

vando hacia una poesía urbana, castiza, coloquial y directa, por una parte, y repitiendo con extraña fidelidad a sus modelos y al espíritu popular las fórmulas tradicionales del folklore andaluz:

Así, en la nómina de los poetas más influyentes y caracterizadores de la España de principios de siglo, sólo nos falta por citar un nombre: el de Francisco Villaespesa. Y al compararlo con sus grandes contemporáneos, salta a la vista que lo que ante todo lo diferencia de ellos —por lo menos de algunos de ellos—, si nos fijamos sólo en la parte más digna de su obra, más que una cuestión de calidad (al fin y al cabo, bastantes de los mejores y peores poemas de Villaespesa y del Juan Ramón de la primera época son intercambiables), es el hecho de su fidelidad al modernismo. Villaespesa sí fue un poeta modernista y nada más que un poeta modernista. No quiso —o con más probabilidad no supo, o lo que es igual: no pudo— ser otra cosa. El hecho ha sido ya señalado: cuando en España culmina la reacción antimodernista, Villaespesa viaja a América, donde el gusto general no había evolucionado de manera tan radical como en la Península, y su poesía encuentra todavía el eco entusiasta y el éxito que aquí le hubiesen sido negados. Cuando vuelve, enfermo, a España, era ya demasiado tarde para él. La enorme evolución que la poesía había experimentado era más bien una mutación. Ser en la España de los años treinta un poeta modernista equivalía a la muerte lírico-civil. Y eso fue lo que le ocurrió a Francisco Villaespesa. El olvido que desde entonces cayó sobre él, el rechazo de que fue objeto por parte de muchos de sus antiguos amigos y admiradores es algo más

que el rechazo y el olvido de un hombre: es el rechazo y el olvido de todo el movimiento modernista.

Con independencia del valor que los lectores de hoy y del futuro concedan a su poesía, será difícil prescindir del nombre de Villaespesa por una razón muy concreta: su importancia histórica. Porque no hay que olvidar que la influencia más fuerte que se aprecia en el primer Juan Ramón, la más decisiva y determinante, no es la de Rubén Darío, ni la de Bécquer, ni la de los simbolistas franceses —influencias también fácilmente detectables—, sino la de Francisco Villaespesa; evidencia que el propio Juan Ramón Jiménez trató de borrar cuando afirmaba: "En realidad, mi relación con Villaespesa habla terminada en 1902 con mi modernismo". Eso no es verdad: el modernismo de Juan Ramón Jiménez no termina hasta 1915. Creo que Juan Ramón Jiménez, parte interesada en el pleito y descrédito del modernismo, trató de deformar la realidad en beneficio propio. Me parece más justo, en esta ocasión, Luis Cernuda cuando, refiriéndose a Villaespesa, dice: "A este poeta hoy olvidado, amigo fraterno de Juan Ramón Jiménez, lo subyuga el modernismo enteramente. No es ahora ocasión para comentar su obra, ni lo que de ella pudiera salvarse; sólo queremos indicar que Villaespesa es el puente por donde el modernismo pasa a una nueva generación de escritores y poetas (...) acerca de la cual sí puede hablarse con justicia de influencia modernista".

En lo que a Juan Ramón Jiménez se refiere, al menos, comparto sin reservas el juicio de Cernuda. Sólo por eso, por su función de "puente" —aunque en mi opinión existan más razones—, Villaespesa tendrá que ser recordado y considerado algún día con más atención que en el presente. ■



La Academia de la Poesía Española ocupa el local cedido por el jefe del Gobierno, don José Canalejas. Villaespesa es el segundo por la derecha. También aparece, el cuarto por la derecha, Pérez de Ayala.